

Transformación y persistencia de los movimientos sociales urbanos

Víctor Urrutia

1. Introducción

A

unque la actividad de los «Movimientos Sociales Urbanos» (MSU) comienza a finales de los años sesenta, su relevancia social y política se sitúa en la recta final del franquismo y en el inicio de la construcción democrática, una vez cerrado el proceso electoral que culminó con las elecciones municipales de 1979. En este período, que puede calcularse aproximadamente entre 1975 y 1979, las grandes ciudades españolas fueron escenario de toda una serie de luchas urbanas que constituyen, en la historia moderna española, un capítulo imprescindible para comprender no sólo la profunda transformación social del país, sino también alguna de las claves de su proceso de transición política¹.

Distintas investigaciones, con sus enfoques teórico-metodológicos particulares han tratado, entre otros, los casos de Madrid (Castells, Rodríguez Villasante), Barcelona (Borja, Olives) y Bilbao (Berriatua, Urrutia) analizando con detalle el origen y desarrollo de estos movimientos y de sus organizaciones de base. En todas ellas, situadas en la década de los ochenta, se puso de relieve la fuerza reivindicativa y transformadora de los movimientos vecinales resaltando, desde las contradicciones políticas y urbanas de la dictadura, su capacidad de movilización política tanto para hacer frente a las instituciones franquistas como para articular socialmente a los ciudadanos.

En los años del posfranquismo no se cuestionaba, en términos políticos y «de clase», ni la efectividad de los MSU, ni la de las organizaciones vecinales que los impulsaban. Hoy, después de una década larga de democracia municipal, se hace evidente un retroceso en esas mismas organizaciones y la pérdida de atracción popular que caracterizó en el pasado a los MSU.

Con diferencias temporales no muy grandes, el auge de los MSU fue coincidente en varios países². Ello se debió, más específicamente en la Europa del Sur, a la existencia de elementos comunes tales como el modelo napoleónico de Estado, la rápida industrialización tras la Segunda Guerra Mundial y los fuertes movimientos de población del campo a la ciudad³. Aunque también eran patentes diferencias fundamentales respecto del carácter del Estado (democrático en el resto, autoritario en España) y de la tradición política de cada uno de ellos.

De cualquier forma, los MSU han sufrido en los



últimos años una «reorientación en sus planteamientos». De una lucha por la transformación profunda de las estructuras urbanas y políticas, se ha pasado, en la actualidad, a una posición de «integración» en el conjunto del entramado democrático. Lo cual no significa, por otra parte, que las contradicciones urbanas que les dieron su razón de ser hayan desaparecido o que la base social que cimentó su actividad no asuma ya la justicia de sus objetivos.

Podría afirmarse que tales movimientos se han configurado a lo largo del tiempo reciente como «grupos de interés», «integrados» en el sistema y que, en gran medida, su emergencia y evolución serían, junto con las de otros movimientos sociales, el «fruto del éxito del modelo de crecimiento de los años cincuenta y sesenta y de la crisis de este modelo en los años setenta»⁴.

El cambio profundo de los MSU en España invita a una revisión sobre su «función real» en el pasado, sobre su «articulación como movimiento social» y sobre las expectativas que habían levantado dentro del proceso de cambio político español.

Habría que preguntarse si los análisis referidos a los MSU no han adolecido de un cierto esquematismo provocado, entre otras razones, por las perspectivas de cambio concebidas para la dictadura y por la importancia excesiva que se daba a todo movimiento de contestación política. En cierta forma, «el árbol impedía la visión del bosque», ya que la situación política ocultaba analíticamente, no sólo la «gran complejidad de la conflictividad urbana»⁵, sino también las posibilidades de transformación del Estado y, sobre todo, el papel de los diversos «articuladores» o «estructuras» colectivas de la sociedad civil en los procesos de socialización política. Igualmente habría que reconocer que la perspectiva marxista, dominante en los análisis urbanos, carecía de un modelo acabado que se ha mostrado insuficiente a la hora de explicar empíricamente la combinación de todo ese conjunto de factores en la evolución de los MSU.

Mi reflexión pretende recoger y analizar sucintamente las claves de los procesos que, a lo largo de la década de los ochenta, han contribuido al reajuste de los MSU y a la emergencia de una nueva red de organizaciones ciudadanas que, teniendo su origen en las causas de aquellos movimientos, difieren de ellos tanto en su actitud como en sus estrategias políticas.

El marco político, de normalización democrática, y la reconstrucción de la nueva ciudad (y cultura urbana), constituirán los dos ejes a través de los cuales trataré de sintetizar cómo han evolucionado

los MSU, qué permanece de ellos, y qué aspectos y grupos está generando la ciudad democrática en torno a lo que podría denominarse el «nuevo tejido asociativo». Extraeré, finalmente, alguna conclusión e hipótesis que más que cerrar esta reflexión, plantee nuevas perspectivas teóricas de un debate todavía vivo y cambiante.

II. La normalización democrática

E

l progresivo desarrollo de la democracia en España introduce el primer factor de cambio en los movimientos y organizaciones vecinales. Es un «nuevo marco» que altera cualitativamente la estrategia de los MSU y su articulación política en un doble sentido: con las instituciones democráticas y con sus bases sociales.

Sin embargo, la «llegada» a la democracia no respondió de forma homogénea a las expectativas que de ella se habían trazado las fuerzas políticas que lideraban los MSU. La posibilidad de alcanzar «la sociedad socialista» se mantuvo hasta el inicio de los primeros procesos electorales y constituyentes⁶. Por otra parte, el bienio 1977-79 que distanció las elecciones generales de las municipales, abrió en varias ciudades, un «vacío de poder» contribuyendo a reforzar el peso del movimiento vecinal frente a las corporaciones predemocráticas especialmente en los aspectos que afectaban a proyectos urbanísticos de los distritos periféricos.

Así pues, aquellas expectativas sobre el «modelo de Estado» y el propio proceso de transición política proyectaron, en la década de los ochenta, «modelos de integración ciudadana» diferenciados.

En los lugares en los que los gobiernos locales fueron regidos por fuerzas de izquierda, la incorporación de las reivindicaciones vecinales a los programas municipales fue inmediata o relativamente rápida. Es estos casos, la articulación política entre MSU, instituciones y base social se produjo sin grandes problemas. Por otra parte, el trasvase de líderes vecinales a los cuadros políticos del PSOE o del PCE provocó un vaciamiento en la dirección de las organizaciones vecinales y, consecuentemente, una pérdida de su capacidad de movilización y de crítica frente a las nuevas corporaciones democráticas. En este sentido puede hablarse de una «reubicación o transferencia de roles políticos» en gran parte de los

«cuadros ciudadanos» que pasaron a reforzar las estructuras formales de la democracia, contribuyendo desde los partidos políticos a la construcción de los gobiernos locales del Nuevo Estado.

En aquellos núcleos en los que la izquierda quedó en la oposición, la articulación institucional sufrió un proceso de integración más lento. De todas formas, el progresivo refuerzo de las políticas municipales por parte del Estado, la implantación de los nuevos valores democráticos y la trayectoria que los movimientos vecinales habían mantenido en el posfranquismo, hizo que las reivindicaciones ciudadanas y sus organizaciones fueran, poco a poco, siendo aceptadas por los gobiernos locales.

En líneas generales, con la normalización democrática, se establece un proceso interactivo en dos direcciones:

a) Desde las instituciones locales que asumieron el conjunto de los contenidos reivindicativos vecinales, el respeto por la opinión de los ciudadanos, la prioridad en la solución de las necesidades básicas de los núcleos periféricos y la mejora de su calidad de vida.

b) Desde las organizaciones ciudadanas que moderaron sus objetivos y actitudes admitiendo «su cota» de representatividad popular.

Hasta aquí quedan reseñadas las grandes tendencias del proceso: el poder articulador que confiere la democracia a los agentes sociales que aceptan sus reglas de juego y el éxito de un movimiento social que consigue que sus objetivos más importantes formen parte de los programas de gestión municipal y calen en la conciencia de los ciudadanos. En el camino queda «el sacrificio» de sus cuadros que, socializados políticamente en la lucha de las organizaciones vecinales, pasan a ocupar nuevas posiciones de poder en las organizaciones formales del sistema.

No obstante, dentro de este proceso de normalización, deben señalarse varios aspectos, fuente de controversia, que ponen al descubierto las raíces de la vieja cultura política y el limitado desarrollo de los hábitos democráticos en la actualidad:

1. El mantenimiento de la «cultura del recelo»

Es frecuente el recelo y la desconfianza recíproca en las relaciones entre las nuevas instituciones democráticas y las organizaciones ciudadanas cuando éstas plantean algún tipo de reivindicación ciudadana. Todavía queda un poso importante heredado del enfrentamiento del franquismo que, sumado a la lógica de la lucha política y a la inercia burocrática de

las instituciones, dificulta los procesos de participación democrática.

Todo ello conlleva el mantenimiento de actitudes defensivas que se hacen más rígidas según la «orientación política» de los nuevos líderes vecinales y de la radicalidad con la que surgen las «nuevas reivindicaciones».

Esta situación se hace más palpable en las políticas de descentralización llevadas a cabo en los últimos años en las grandes ciudades y en la puesta en práctica de los distintos modelos de participación ciudadana en los que la escasa voluntad política para incorporar a las organizaciones ciudadanas hace que muchas de ellas sigan alejadas o enfrentadas a las instituciones municipales.

Dos actitudes son frecuentes en estos casos:

a) *El exclusivismo*, entendido como acción de apoyo preferente (económico o estratégico) hacia determinadas organizaciones que por su orientación política, social o sectorial, estén más cercanas a la línea política del gobierno municipal, todo ello en detrimento de otras que no posean esas características.

b) *El paternalismo* de representantes o instituciones políticas respecto de los ciudadanos u organizaciones en la prestación de los servicios o apoyos diversos, considerando como «favor» aquello que es «derecho». Es un reflejo de las inercias que se dan en ámbitos del Estado en los que todavía no ha calado una auténtica mentalidad democrática.

2. El mantenimiento de la «unidimensionalidad» reivindicativa

La trayectoria de los MSU se ha caracterizado por su constante lucha reivindicativa y por la reacción defensiva frente a las agresiones del urbanismo desarrollista del franquismo. Este componente básico de los movimientos urbanos que persigue la eliminación de los procesos de segregación de la ciudad y la satisfacción de un adecuado consumo colectivo, ha perdido relevancia a medida que las corporaciones democráticas han ido asumiendo parte de los objetivos ciudadanos.

Este proceso de integración, propio de la lógica de la normalización democrática, no ha impedido que se sigan manteniendo, en muchos casos, posturas exclusivamente reivindicativas, derivadas no sólo de la «justicia» u «oportunidad» de lo reivindicado, sino también de concepciones políticas populistas.

Amparándose en la legitimidad que poseen los objetivos que plantean, las organizaciones vecinales

han forzado, con frecuencia, la contestación civil, buscando unos efectos inmediatos y despreciando la gradualidad y la extensión de sus bases sociales que, a largo plazo, contribuirían a un mayor reforzamiento organizativo y a la cohesión con otros grupos colectivos ciudadanos. Es decir, ha prevalecido y todavía prevalece, la «mentalidad de la contestación», producto de la vieja cultura izquierdista, frente a la de la «transacción y el diálogo».

La «unidimensionalidad reivindicativa» incide negativamente en la extensión del tejido asociativo, máxime si se tiene en cuenta que las bases sociales poseen una gran heterogeneidad y diversidad de intereses y que los mecanismos de intervención política se han abierto ampliamente en el sistema democrático.

3. La ruptura ideológica con la base social

El gran reto de los MSU, al margen de conseguir reivindicaciones concretas, ha sido, a lo largo de su historia, el lograr una articulación y estabilidad. La voluntad de abrirse paso como sujeto político se ha encontrado con la dificultad de integrar en su lucha no sólo los intereses particulares de «grupos de afectados», colectivos con una composición social heterogénea, sino de construir, además, una base ideológica amplia y coherente entre todos ellos.

Tales dificultades, y especialmente la ideológica, se incrementaron en la transición democrática dada la carencia de «modelos alternativos» de las ciudades y la contradicción profunda existente entre las expectativas de cambio que tenían los líderes vecinales, auténticos miembros activos de los MSU, los miembros de las organizaciones ciudadanas y sus bases sociales⁷.

Esta circunstancia, a la que se ha prestado una escasa atención, ha sido, a mi juicio, de gran importancia para comprender el vacío de actividad y la desorientación que han caracterizado a muchas de las asociaciones vecinales en la década precedente. Y llama la atención sobre la permanente precariedad de los MSU.

No quiero decir con esto que los MSU durante el franquismo careciesen de propuestas teóricas, sino que las que tuvieron no fueron suficientes para mantener, después de la transición, una estabilidad que hiciera posible no sólo una estrecha vinculación de las organizaciones vecinales con sus bases, sino, además, una autonomía en sus estrategias de acción frente a los partidos políticos.

En este sentido, a la afirmación hecha por Borja

sobre la necesidad del «alto nivel de movilización y participación ciudadanas» que se requiere para «abordar hoy las grandes cuestiones con las que se enfrenta la política urbana y municipal»⁸ debe añadirse, si tal afirmación expresa algo más que un deseo benévolo, que se hacen también necesarias aquellas organizaciones formales y un cierto modelo o proyecto común de ciudad. Igualmente, son precisas una estrategia y unas formas políticas, distintas del pasado, que a la hora de profundizar en la participación democrática, sean capaces de incorporar gradualmente a sus propuestas teórico-políticas la mayor parte de los colectivos y grupos de la ciudad.

En la medida en que sea posible alcanzar tales objetivos se estará consiguiendo un mayor acercamiento de las organizaciones vecinales a sus bases sociales y, en definitiva, la consolidación de los MSU y la profundización en la democracia.

4. La persistencia de la atomización vecinal

Como ya lo he referido en otro lugar, «el barrio, como expresión de la desigual estructura urbana, ha constituido el territorio ideal de actuación de las asociaciones vecinales. En ese contexto específico se ha dado la mayor parte de sus actividades y ha sido su mejor soporte social. De hecho, la dimensión territorial del barrio ha condicionado tanto la organización interna de las asociaciones como el carácter de sus reivindicaciones. Esta circunstancia, expresión del alto grado de ubicuidad asociativa, ha contribuido como factor multiplicador de la conciencia colectiva, a contagiar y reactivar en los momentos álgidos de los MSU a otros colectivos ciudadanos aparentemente alejados de la conflictividad urbana»⁹.

Pero esa circunstancia, positiva en un primer momento, se ha convertido en un lastre real a la hora de afrontar problemas que superan, por la propia dinámica urbana, las fronteras de los barrios. La limitación de las organizaciones vecinales a «su territorio» ha fomentado los vínculos colectivos de los vecinos pero, a largo plazo, ha imposibilitado una proyección más amplia de las políticas municipales o metropolitanas. Igualmente, ha constituido un obstáculo importante a la hora de articular estructuras formales más amplias o cuando se han tratado de formular estrategias de acción y propuestas ideológico-teóricas más elaboradas.

La «atomización» territorial y organizativa ha seguido vigente a lo largo de la transición y, en estos momentos, sólo es superada de forma ocasional cuando se plantea algún tipo de actividad muy signi-

ficativa que, por la amplitud de sus contenidos, aglutina a grupos dispersos de otras áreas urbanas.

III. La nueva sociedad

La España urbana del desarrollismo de los años sesenta se caracterizó por su crecimiento intenso y en un breve período de tiempo, lo cual, al margen de los ya conocidos desequilibrios en la calidad de vida, servicios, vivienda, etc., conformó unos conglomerados sociales escasamente dotados para la articulación de la vida colectiva.

Después de tres décadas, estos «núcleos/ciudades dormitorio» han generado múltiples redes sociales con una cultura «comunitaria» que va distanciándose progresivamente de los valores y referencias pasadas. Ha brotado un conjunto de grupos, más o menos formales, de diversos cortes generacionales, con intereses alejados de las «viejas reivindicaciones urbanas» y «políticas» que están transformando el «tejido asociativo y comunitario» de otras épocas. La transformación se hace más evidente con el avance del propio sistema democrático y con las políticas de remodelación urbana, de dotación de equipamientos colectivos y de desconcentración/descentralización administrativas¹⁰.

A pesar de las carencias todavía existentes, puede afirmarse que la periferia es «un poco más ciudad» y, sobre todo, que ha adquirido una estructura comunitaria más articulada y con unas expectativas culturales más complejas que en las décadas precedentes.

Recientes trabajos sobre las «redes asociativas», el «asociacionismo» o la «identidad colectiva en ámbitos urbanos», han puesto de relieve la importancia de estos procesos en los que concurren nuevas y viejas referencias colectivas, nuevos y viejos articuladores sociales como la Iglesia, los valores étnico-folklóricos, las expresiones musicales, el deporte, las fiestas, etcétera¹¹.

Desde una perspectiva antropológica, este resurgimiento netamente cultural y urbano tiene que ver con la emergencia de nuevas pautas de «socialidad» que invita a recuperar la «vieja noción de barrio» y su «connotación afectiva». El barrio expresaría, en palabras de Maffesoli, «un espacio público que conjuga una cierta funcionalidad con una carga simbólica innegable»¹². Así, estaríamos asistiendo a la reconstrucción de nuevas identidades de

base urbana y, en definitiva, a la configuración simbólica de espacios carentes, hasta ahora, de tradición colectiva.

Junto a este florecimiento asociativo y espacial, hay que reseñar la progresiva dualización social que los ajustes económicos están provocando en las grandes áreas urbanas. Tales ajustes, resultado de las políticas de «crisis» y «expansión» de la economía española en los años setenta y ochenta, se hacen notar especialmente en las capas sociales más débiles, así como en los sectores juveniles que acceden por vez primera al mercado de trabajo.

Esta circunstancia, añadida a la ya conocida crisis financiera del Estado de Bienestar, se hace más sensible en las haciendas locales configurando un panorama complejo y distanciado de los modelos precedentes en los que se desarrollaron los MSU.

Teniendo en cuenta las consideraciones hechas en el apartado anterior y las nuevas tendencias apuntadas hasta aquí, puede constatarse la estructuración de una serie de organizaciones cívicas con distintas, pero no excluyentes, orientaciones respecto de las «tradicionales» asociaciones vecinales.

He aquí alguna de las tipologías más significativas¹³:

A) *Grupos de carácter expresivo y de ocio*, tales como los culturales y deportivos, formados por jóvenes y caracterizados por la informalidad y temporalidad.

Junto con ellos pueden incluirse, aunque posicionados con otras actitudes de «influencia social», las organizaciones de «tiempo libre» que han experimentado una gran expansión. Como instancias donadoras de sentido, estas organizaciones centradas en colectivos de jóvenes que precisan de la adquisición de pautas básicas de socialización, son objeto de una mayor influencia política. Entre sus características pueden destacarse el celo por su autonomía organizativa, su posición crítica respecto del entramado institucional, su proliferación anárquica y una escasa consolidación temporal.

B) *Grupos vinculados a propuestas políticas concretas*, utilizados como plataformas de encuadramiento político, movilización y propaganda.

Su abanico político es diverso: los hay de corte parlamentario, extraparlamentario (anti-sistema o no), nacionalistas (radicales o moderados), etcétera.

C) *Organizaciones «instrumentales» vinculadas a problemas relacionados con los efectos del deterioro social y los ajustes del sistema económico.*

Son las de más reciente creación y poseen una gran

efectividad ante los problemas concretos que, por lo general, se mueven en la trilogía de las toxicomanías, la delincuencia juvenil y el desempleo.

A diferencia de otras organizaciones que en el pasado afrontaban aquellos problemas (de carácter «asistencial»), éstas realizan un esfuerzo analítico para superar las causas que provocan los problemas que combaten, tratando de incidir no sólo en los «afectados», sino también en la Administración y recurriendo, en muchos casos, a la denuncia y movilización ciudadana.

Son organizaciones que cuentan con una progresiva implantación social. Por lo general conforman una red asociativa en la que se integran grupos diversos en los que están adscritos un importante número de miembros «voluntarios»¹⁴. En general, sus componentes pertenecen a los estratos medios sin que tengan necesariamente una relación directa con los problemas que combaten.

D) *Organizaciones vinculadas al ámbito religioso* que, por lo general, se aglutinan en torno al «equipamiento» de la parroquia.

Tras su pérdida de protagonismo social en la transición, la Iglesia está emergiendo como un «operador» o «articulador social» relevante, tanto por las características territoriales de su estructura (barrios-parroquias) como por la tipología asociativa que su red de influencia es capaz de crear. La tipología asociativa que su red de influencia es capaz de crear. Esta tipología varía dependiendo de las tendencias eclesiales (ideológico-pastorales) y de la posición que los distintos grupos religiosos adoptan respecto de los problemas de su entorno social¹⁵.

E) *Organizaciones de socialización alternativas* vinculadas a los «movimientos sociales alternativos». Me refiero a todas aquellas organizaciones que, dentro de las tres grandes corrientes que caracterizan a los «nuevos movimientos sociales» (pacifismo, ecologismo y feminismo), tienen un acercamiento progresivo a las pautas y estrategias de intervención «institucionales» semejantes al registrado en otros países europeos.

IV. Conclusiones e hipótesis



Se trata de poner de relieve cómo, en la evolución de los MSU, confluyen

dos procesos fundamentales. El primero de ellos, de carácter político, el proceso de transición democrática, ha configurado un nuevo sistema de valores y estrategias sociales que, independientemente de la correlación de fuerzas políticas y de la articulación de las instituciones locales, ha integrado progresivamente a los MSU. En este sentido y siguiendo la tipologización establecida por Castells, podría decirse que aquellos «viejos» movimientos urbanos han reorientado sus objetivos, pasando de la «búsqueda de poder creciente para el gobierno local» (tipo Movimiento Ciudadano) y de la «búsqueda de una mejor calidad de vida urbana» (tipo Movilización-Sindicalismo Consumo Colectivo) a objetivos centrados en la «búsqueda de identidad cultural» (tipo Comunidad). En otras palabras, estamos asistiendo a una acentuación desigual en los objetivos que tradicionalmente han marcado la actividad de los MSU: desaparecen prácticamente las estrategias políticas (búsqueda del gobierno local), bajan en intensidad las sindicales (de consumo colectivo) y aumentan progresivamente las estrategias comunitarias (consolidación de la identidad cultural).

Sin embargo, la evidencia de este impacto democrático en la sociedad española y sus repercusiones en las tendencias integradoras de los MSU no debe eclipsar un segundo proceso, de carácter urbano, y más en concreto la emergencia de nuevos fenómenos de raíz urbana que, en la presente década, están caracterizando la vida social de «las ciudades democráticas». Los objetivos «estrictamente políticos» de aquellos MSU están dejando paso, tras el giro histórico de la transición, a organizaciones más o menos formales, fruto de la nueva estructura social y «asociativa» de nuestras ciudades.

De la confluencia de ambos procesos (político y urbano) y de los factores que intervienen en su desarrollo (las políticas institucionales, los valores de la nueva cultura democrática, la estructura social de los noventa y la nueva estructura asociativa), pueden extraerse las siguientes hipótesis:

a) *Hipótesis de la reconstrucción*. La transición política ha puesto de relieve que los MSU cubrieron no sólo un «vacío político», sino también un «vacío asociativo» en el conjunto de la «sociedad civil» española. Ello permitió, además de los reiterados efectos políticos de los MSU, la formación de una red asociativa más articulada sobre la que han crecido otras organizaciones y movimientos sociales en la actualidad.

Este «humus» o «soporte», todavía débil comparado con otros países de amplia tradición democrática

ca, constituye no sólo una base inicial para el brote de nuevas fuerzas o movimientos sociales, sino también la condición necesaria para su posterior desarrollo.

Estamos ante una «reconstrucción» de las «redes primarias» o «tejido asociativo» en el que se fundamenta toda una nueva cultura política, «la política de la comunidad» (Bellah). Lenta, porque la acción ciudadana en la democracia es minoritaria y selectiva, pero constantemente, este proceso de reconstrucción avanzará hacia la creación de nuevos ámbitos de encuentro y de articulación colectiva.

b) *Hipótesis de la activación política*. La heterogeneidad de las «nuevas tramas asociativas» que varían, tanto en sus objetivos como en su composición social, se irá decantando en la toma de posturas ante las expectativas de cambio político.

Dos tendencias básicas se perfilan en la actualidad: una *expresiva*, circunscrita a los intereses no colectivos, y otra *proyectivo/instrumental*, con objetivos centrados en ámbitos o sectores concretos de la sociedad.

En esta segunda tendencia, la más significativa para el cambio social, se introduce un nuevo espacio de acción o «ampliación de la sociedad civil» (Touraine), desde el que se hace posible la expansión de la responsabilidad democrática.

La activación política se irá acentuando más específicamente en aquellos ámbitos o sectores sociales en los que los ajustes del sistema económico se hacen sentir con mayor intensidad (en concreto, los sectores afectados por las políticas de «Bienestar Social»).

Con objeto de calibrar la fuerza y tendencias de la activación política que pueda surgir de estas estructuras asociativas, apuntan significativamente las siguientes variables (y campos de investigación):

- Las estrategias de articulación operativa de las nuevas organizaciones urbanas.
- El grado de autonomía respecto de los partidos políticos o grupos de presión más relevantes.
- La capacidad (o inercia) institucional para responder a las demandas de cambio y profundización en la democracia surgida de aquéllas.

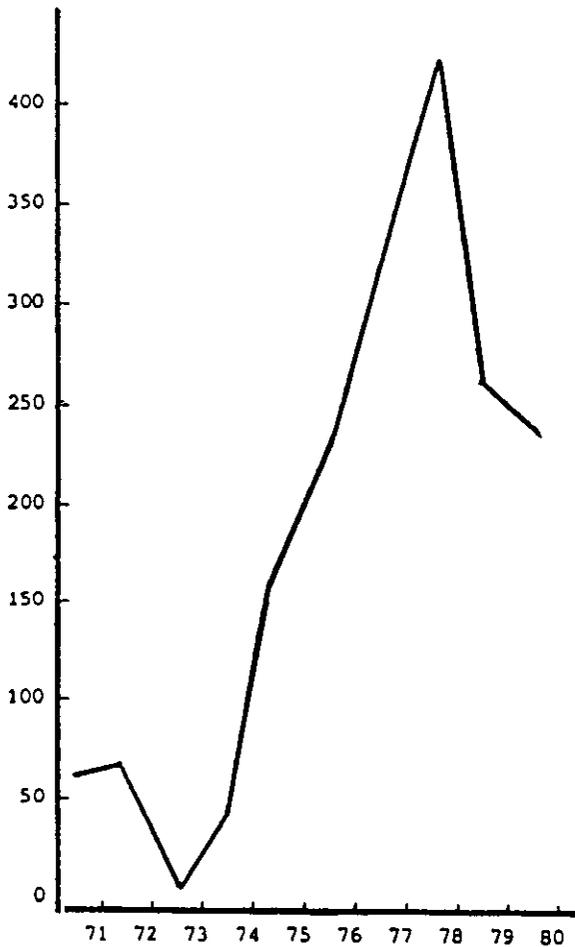
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ASCOLI, Ugo (1988): «Estado de Bienestar y Acción Voluntaria», Madrid, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 35. pp. 119-162.
- BELLAH, Robert, y otros (1989): *Hábitos del corazón*. Madrid, Alianza Ed. (esp. los cap. 7 y 8).

- BERRIATUA, Javier (1977): *Las asociaciones de vecinos*. Madrid, IEAL.
- «Las asociaciones de vecinos ante el proceso democrático español: perspectivas de futuro», *Revista de Estudios de Vida Local*, n.º 198. IEAL.
- BORJA, Jordi (1983): «Los actores sociales en la construcción de la ciudad», *Ciudad y Territorio*, n.º 57-58.
- (1988): *Estado y Ciudad*. Barcelona, Promociones y Publ. Universitarias.
- CASTELLS, Manuel (1986): *La ciudad y las masas*. Madrid, Alianza Ed.
- CEBS (VV.AA.) (1991): *Organizaciones voluntarias en Europa*. Madrid, Ed. Acebo.
- CUCO, Josepa, y PUJADAS, Joan (coord.) (1990): *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la Península Ibérica*. Valencia, Generalitat Valenciana.
- FAINSTEIN, Susan and Norman (1988): «The Changing Character of Community Politics in U.S. Cities: New York 1968-1988». *Conference ISA, RC. on the SRUD*. Río de Janeiro.
- LOWE, Stuart (1986): *Urban Social Movements. The City after Castells*. London, MacMillan Ed. Ltd.
- MAFFESOLI, Michel (1990): *El tiempo de las tribus*. Madrid, Icaria.
- OLIVES, J. (1974): «La conflictividad urbana: algunas reflexiones sobre los recientes movimientos de barrios en Barcelona», *Papers*, n.º 3. Barcelona.
- PARAMIO, Ludolfo (1988): *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*. Madrid, Siglo XXI (espec. el cap 10).
- PÉREZ DE GUZMÁN, Sofía, y VALDÉS, J. Manuel (1986): «Periodización y tipología del movimiento asociativo madrileño», *Alfoz*, n.º 29. Madrid, pp. 43-48.
- PICKVANCE, C. G. (1985): «The Rise and Fall of Urban Movements and the Role of Comparative Analysis», *Environment and Planning. Society and Space*, vol. 3, pp. 31-53.
- (1986) «Concepts, contexts and comparison in the study of urban movements: a reply to M. Castells», *Environment and Planning. Society and Space*, vol. n.º 4, pp. 221-231.
- TOURAINÉ, Alain (1985): «An Introduction to the Study of Social Movements», *Social Research*, vol. 52, 4 pp. 749-789.
- URRUTIA, Víctor (1985): *El movimiento vecinal en el A. M. de Bilbao*. Oñate, Instituto Vasco de A. Pública-IVAP.
- (1989): *Los ámbitos asociativos de Bilbao*. Informe inédito. Ayuntamiento de Bilbao.
- VILLASANTE R., Tomás (1984): *Comunidades locales. Análisis, movimientos sociales y alternativas*. Madrid, IEAL.
- (1989): «Algunas tesis sobre redes sociales y alteración ciudadana», *Congreso de Sociología de la FASEE*. San Sebastián, y *Rev. Salida*, n.º 1. Madrid, FACMUM.

NOTAS

- ¹ Como ejemplo representativo de la conflictividad urbana puede observarse el siguiente gráfico, correspondiente al A. M. del Gran Bilbao (URRUTIA, 1985: 175).



² Ver FAINSTEIN, Susan y Norman (1988); LOWE, Stuart (1986).

³ LOWE, *op. cit.*, en el cap. 6 analiza comparativamente distintos modelos de MSU según el país y contexto político en el que surgieron.

⁴ En líneas generales, los MSU han seguido «la integración» de otros movimientos sociales, tal como lo describe PARAMIO (1988) en pp. 218-240.

⁵ Con esta expresión, BORJA (1984) plantea una ampliación analítica sobre los MSU, al igual que ya lo hiciera PICKVANCE en otros momentos (1976, 1985, 1986).

⁶ Los debates sobre las limitaciones de la «democracia formal» y la posibilidad de alcanzar una «auténtica democracia directa» fueron frecuentes hasta 1980 fecha en la que culmina el proceso constituyente en España. El rechazo de la «democracia formal» era patente en una parte muy notable de los líderes de las asociaciones de vecinos, incluso una vez en marcha el proceso democrático. Ver «7.º encuentro estatal de

AA.VV. Por el control de la gestión municipal» Bilbao, diciembre de 1979.

⁷ En el caso del G. Bilbao era evidente el fuerte desfase ideológico existente entre los líderes y sus bases organizativas. Mientras que los miembros de las AA.VV. se situaban en el espectro político de la izquierda moderada (PSOE) o nacionalista (PNV), los líderes lo hacían en el espectro político del PCE, HB o de la izquierda extraparlamentaria (EMK, LKI). Aunque no existen otros datos comparativos tan precisos como estos, deduzco, por la evolución posterior de procesos electorales, que la posición de las bases sociales estaba más cerca del PSOE que del PCE u otros grupos más a la izquierda (PTE, ORT), alguno de cuyos militantes lideraban el movimiento asociativo de otras ciudades.

⁸ Las referencias a la participación ciudadana y a la búsqueda de vías institucionales para su dinamización son constantes en los escritos de BORJA, J. (ver en concreto: 1983, 1988).

⁹ Para una ampliación del significado político-social del barrio, ver URRUTIA, V. 1985 (p. 253 y ss.).

¹⁰ Un ejemplo del crecimiento asociativo lo encontramos en el siguiente cuadro correspondiente al caso de Bilbao:

Constitución de Asociaciones en Bilbao según distritos y épocas

Distritos	Antes 1978	1978-82	1983-88	Total
Periféricos	79	65	112	256
Centrales	97	38	103	238
TOTALES	176	103	215	494
%	35	20	43	100

Fuente: URRUTIA, V., 1989: 181.

Estos datos confirman los estudios y opiniones sobre otras ciudades: PÉREZ GUZMÁN-VALDÉS (Madrid, 1986); BORJA, J. (Barcelona, 1988).

¹¹ Ver VV.AA., Ref. ALFOZ n.º 29 y 39. Madrid, *Revista Estudios Sociales* (monográfico sobre Ciudad y Calidad de Vida), RODRÍGUEZ VILLASANTE, T. (1989); URRUTIA, V. (1989); CUCCO, J.; PUJADAS, J., y otros (1990).

¹² MAFFESOLI (1990) se hace eco de la recuperación del término «obsoleto» de barrio para expresar las nuevas tendencias de la identidad cultural en las sociedades post-modernas.

¹³ Tipologías provisionales extraídas de la investigación sobre «Los ámbitos asociativos de Bilbao» (URRUTIA, 1989). En este trabajo se han tratado de definir las conexiones entre las distintas organizaciones ciudadanas así como sus canales de penetración social.

¹⁴ Para un desarrollo del concepto y repercusiones de las asociaciones voluntarias en las políticas sociales, ver ASCOLI (1988) y CEBS (1991).

¹⁵ En el trabajo ya citado (URRUTIA, 1989) se observa una creciente presencia de organizaciones eclesiales en determinadas áreas urbanas con problemas de marginación social.